

no pudiendo descansar ni de noche ni de día. Expuso su necesidad al glorioso Taumaturgo y éste le vistió su túnica. Si la sombra de San Pedro curaba a los enfermos, la túnica de San Antonio no era menos eficaz: de esta vestidura, santificada por el contacto de una carne virginal, se desprendió virtud tan prodigiosa que apagó el desorden de los sentidos y libró para siempre de esta tentación al dichoso monje que se había arrodillado a los pies del Santo.

### **El bastón de San Antonio**

En el año 1559 y en la ciudad de Roma.

El protagonista, un artesano, Andrés Petrace-lli, por más señas.

Hábil en su oficio, trabajador; pero de la noche a la mañana, por un revés de la fortuna, sin lugar donde caerse muerto.

En venganza (¡triste venganza!), olvido absoluto de sus deberes cristianos. Sólo una oración a San Antonio, con la que le destetó su madre, quiso conservar por lo que pudiera tronar.

Como sonámbulo encontrábase una mañana en la plaza de Montecaballo. La cabeza no le funcionaba ya. En cuerpo y alma tenía que entregarse al diablo, el único que podía remediar su insufrible situación.

De pronto, un desconocido, nada correcto en sus ademanes, se le presenta delante.

—Oye, Andrés, ¿quieres ser feliz?

—Al mismo demonio le seguiría por tener que comer.

—Muchas gracias. Sígueme. Por hoy, entremos en esta fonda. Mañana a la salida de la ciudad te espero. Pero has de caminar conmigo lejos, muy lejos...

—Convenido.

A la mañana, muy de mañana, abandona Andrés la ciudad. Antes de llegar a Tirmiciano, hácesele enconradizo el personaje de marras. Pero no hubieron caminado los primeros pasos, cuando les ataja sus andares un fraile de los de cordón y capucha. Además, cosa extraña para su proverbial dulzura, aquel fraile comenzó a enarbolar y florear un descomunal bastón.

—¡Al infierno, bestia cruel! ¡Al abismo! ¿Cómo has tenido audacia para enmarañar a este pobre hombre en las redes de tus falaces palabras? ¡Al infierno o te mido las denegridas espaldas...!

Al oír tan desacostumbrado saludo el desconocido, que no era otro que Satanás en pantalones, lanzó un estruendoso resoplido. Pero tan potente y putrefacto, que el pobre Andrés cayó desvanecido en el suelo.

Levantóle el brioso fraile; y cuando estuvo en sus cabales y del todo despejado, le dijo de esta manera:

—Acuérdate, Andrés, de poner toda tu confianza siempre en Dios, cuyo poder es tan gran-

de como su misericordia. No desconfíes de ésta, que es el leño de la salvación humana. Vive resignado con tu suerte. No olvides tus antiguas prácticas religiosas. Dios no abandona a sus hijos, aunque a veces parezca que los pierda de vista. Hace como que no los ve, pero son trazas de padre que bien quiere a sus hijos.

Dicho esto, desapareció el fraile del bastón, que no era otro que San Antonio de Padua, enviado por Dios para socorrer e instruir a su devoto.

Andrés Petracelli volvió a sus prácticas religiosas y, como le prometió a San Antonio, fue saliendo airoso de todos sus apuros.

Y en agradecimiento al Santo amigo de los pobres, hizo pintar un cuadro que recordase el suceso del que había sido protagonista. Dicho cuadro fue regalado al convento de Ara Celi, convento de frailes hijos de San Francisco y Hermanos de hábito de San Antonio.

## VIII

### San Antonio y los herejes



## **Una mula se arrodilla ante la Sagrada Hostia que San Antonio sostiene en sus manos**

Había un hereje, llamado Guillardó, que no creía en la presencia real de Jesús en la Eucaristía, no obstante las conversiones numerosas que hacía la predicación de San Antonio. No pudiendo contestar a las razones del Santo, pidió un milagro y dijo. «No basta creer, sino ver. Tengo una mula, la privaré del pienso por tres días continuos, y, si después de los cuales, renuncia a la comida para adorar la Hostia consagrada que tú le presentes y que dices contiene el cuerpo de Cristo, abrazaré las doctrinas de la Iglesia Católica».

Aceptó el Santo la propuesta y pasó aquellos tres días dedicado a la oración y penitencia. Terminado el tercer día, Antonio celebró la santa Misa y luego, sin quitarse las vestiduras sagradas, tomó la Hostia consagrada, y, acompañado de una multitud de fieles, se presentó en medio de la plaza. Guillardó sacó de la cuadra la mula hambrienta y puso ante ella el pienso. Entonces el Santo, dirigiéndose a la mula, díjole: «En nombre de tu Criador, a quien yo tengo en mis manos, te mando que te postres inmedia-

tamente ante Él, para que los herejes conozcan que toda la creación está sujeta al Cordero que se inmola en nuestros altares». Postróse el bruto ante la sagrada Hostia, y con él muchos herejes, entre ellos el mismo Guillardo. Por este hecho, que rápidamente extendió su fama por el mundo, San Antonio fue llamado *Martillo de los herejes*.

### **San Antonio predica a los peces**

Si grande fue el milagro de Tolosa para dar la fe a los sacramentarios, grande fue también el de Rímini para iluminar a los cátaros. Viendo Antonio que nada podía para con ellos la predicación, se dirigió al mar y llamó a los peces, diciendo: «—Peces del mar, venid a oír la palabra divina, ya que los hombres no la quieren escuchar». ¡Cosa maravillosa! Al punto sacaron la cabeza a flor de agua y se pusieron en orden para oírle. Entonces les dijo: «—El Creador os ha colmado de beneficios y le debéis por ello gratitud. Él os ha señalado por morada este elemento, habéis sido los únicos preservados del exterminio común del diluvio, habéis tenido el privilegio de alimentar al Creador, hecho hombre, y de ser escogidos para alimento de penitencia; vosotros suministrasteis el dinero para pagar el tributo del Redentor, y os visteis multiplicados en las manos de Jesús... Seais benditos, porque con vuestra obediencia

habéis confundido a los obstinados en el error, quienes se han negado a escuchar la divina palabra. Alabad y bendecid al Señor».

El Santo les dio la bendición y todos se retiraron rozagantes y retozando por las aguas en señal de alegría. El pueblo, atónito, no sabía lo que les pasaba, y vuelto a ellos el Santo, les dijo: «Aprended de los mudos animales y dejad vuestra herejía». Los herejes le pidieron perdón y le rogaron que los instruyese; y todos confesaron la fe y se convirtieron. Uno de los principales jefes de la secta, llamado Bonvillo, que hacía treinta años que predicaba la herejía, abjuró públicamente sus errores y arrastró tras de sí a la mayor parte de los sectarios.

### **Un burlador burlado**

Se presentó una vez en Padua un pelotón de herejes, con el fin de desacreditar los milagros de San Antonio. Uno de ellos, cubriéndose los ojos con una venda ensangrentada, fingió haber perdido la vista. Arrodillado junto a las reliquias del Santo, imploraba su misericordia y decía a los transeúntes: «Rogad por mí que me han arrancado los ojos». Al cabo de una hora exclamó: «El Santo me ha curado». Acudieron los compañeros para terminar aquella comedia y, entre ruidosas carcajadas, le levantaron la venda. Mas ¡qué sorpresa sintieron cuando al quitársela, vieron salir con ella los ojos de

aquel desgraciado! Aquel sacrilego farsante era ciego, en efecto, como él decía. A vista de un castigo tan manifiesto, volvieron en sí aquellos impíos, confesaron públicamente su supercheria e imploraron la clemencia del Santo, esta vez con tal sinceridad, que el Taumaturgo, siempre piadoso, dio al culpable la vista corporal y a todos la de la fe.

### **Más herejes que salen confundidos**

Habiendo llegado en cierta ocasión San Antonio a la ciudad de Patti, sucedió que ciertos herejes resolvieron confundirle y hacerle odioso a la autoridad eclesiástica. Para ello, uno de los más rabiosos le invitó a comer con él un día de viernes. El Santo aceptó; haciendo el hereje aderezar un hermoso capón que lo presentó luego en la mesa. Excusábase el taimado diciendo que había sido una equivocación, un olvido; mas que ya era de todo punto imposible remediarlo, siendo necesario hacer honor a la mesa. Antonio no quiso mostrarse descortés y, sentándose a la mesa, comió. Habíase apenas despedido de aquella casa, cuando el hereje tomó los huesos del capón y los llevó al Obispo como prueba inequívoca del pecado de Fr. Antonio. Mas cuál no fue su estupor y asombro cuando, al presentarlos, los halló convertidos en espinas y escamas de pez. El Señor había querido confundir su malicia y defender la buena fe del Santo.

## IX

Otros milagros que hizo el  
Santo durante su vida



## **San Antonio, defensor de su padre**

El odio ciego entre dos nobles lisboetas fue motivo de un homicidio. El cadáver del asesinado fue enterrado en el jardín de Martín Bouillon, padre de San Antonio, con el perverso intento de hacerle responsable ante los jueces.

Las pesquisas de los jueces dieron pronto en el lugar donde estaba el cuerpo destrozado, y Martín Bouillon, a pesar de su inocencia, fue condenado a la horca.

San Antonio predicaba en la iglesia de Padua. De pronto cesa de hablar y se recoge en el púlpito; se recuesta sobre la pared y se cala la capucha... En aquel mismo momento se presenta ante el tribunal de Lisboa que va a condenar a su padre. Hace traer a su presencia el cadáver y en nombre de Cristo le conjura:

—Habla y di si mi padre y mi familia son reos del crimen que se les imputa.

El muerto, ante la estupefacción de todos, se yergue y declara:

—Don Martín es inocente de mi muerte.

Y se entrega de nuevo en los brazos de la muerte.

## La mentira del carretero

Hallábase San Antonio dirigiendo las obras de un nuevo convento, que los habitantes de Gémona le ofrecieron en agradecimiento a los beneficios que les había proporcionado. Necesitaba de una carreta para transportar unos materiales que había recogido. Viendo pasar a un labriego, que conducía un carro tirado por bueyes, rogóle el siervo de Dios le ayudase a transportar de paso aquellos materiales. Éste se desentendió del compromiso, alegando que le era imposible por conducir en la carreta el cadáver de un joven al cementerio.

San Antonio no insistió en la demanda, limitándose a decir:

—Sea como decís.

Cuando el labrador se hubo separado de él algún tanto, se acercó a su hijo, que iba dormido en el carro, para reír con él la burla que había metido al fraile. Mas ¡ay! el joven no contestaba. Trató de despertarle con recias sacudidas, ¡pero en vano! Descubrió su rostro y vio que una palidez mortal desfiguraba sus facciones; sus miembros estaban rígidos, sus cabellos crispados, sus ojos hundidos... Su hijo estaba muerto.

Atónito ante aquel espectáculo, el desgraciado padre quedó blanco como el mármol, con un frío glacial que corría por sus venas. Repuesto algún tanto de la primera impresión, se dio cuenta de las palabras que había proferido al

fraile para excusarse de llevar los materiales y vio que era un justo castigo de la burla.

Corrió a postrarse ante el santo taumaturgo, confesando abiertamente su culpa y pidiendo con instancia que devolviese la vida a su hijo.

Compadecido el siervo de Dios de la aflicción del pobre labriego, y acercándose al yerto cadáver, hizo sobre él la señal de la cruz, llamándole por su propio nombre, y devolviéolo a su padre lleno de vida, admirando a todos con tan estupendo prodigio. Reprendió con mansedumbre al carretero por la mentira y falta de atención y caridad y le intimó a tener siempre reverencia a los religiosos y ministros del Señor, si quería evitar nuevos castigos.

### **Anuncia el santo dónde se encontraba el corazón de un usurero**

Aunque San Antonio durante su apostolado clamó contra todos los vicios, con todo arremetió especialmente contra los usureros, que constituían una de las más grandes plagas de la sociedad de aquellos tiempos. El siguiente caso nos manifiesta cómo el desprendimiento de las riquezas es la libertad del corazón. Predicaba el Santo, por compromiso, la oración fúnebre de un usurero de Florencia, y tomó por tema aquellas palabras de Cristo: «Allí donde estuviese tu tesoro, estará tu corazón». Hizo ver al auditorio la falsedad de la avaricia, que aprisionaba

el corazón; falsedad que forma una de las máximas fundamentales del mundo. Y para confirmar su doctrina, dijo con tono conmovedor: «He ahí a ese miserable que ha muerto abundando en riquezas y fue su alma condenada al infierno. Id a su casa y veréis su corazón en medio de su tesoro. Por lo tanto, no deis sepultura a ese cadáver en lugar sagrado, sino en otro lugar separado, como si fuese el de una bestia». Impresionaron tanto estas palabras que muchos, para cerciorarse de esto, fueron a casa del difunto y abriendo el arca en que tenía sus riquezas, encontraron su corazón en medio del dinero. Queda patente la falsedad de la doctrina del mundo que alaba las riquezas.

### **Milagro de bilocación**

Predicaba San Antonio el año 1225 en la iglesia de Montpellier, en presencia del clero y de una muchedumbre inmensa. Era un día de los más solemnes del año. Al comenzar el sermón, se acordó que había sido encargado de cantar en el coro en la Misa solemne, que en aquella misma hora se celebraba en la iglesia del convento, habiéndose olvidado de dar encargo a otro religioso para que le sustituyese. Afligido por esta falta, que consideraba una infracción de la obediencia, se apoya en el púlpito, cubre la cabeza con la capilla y se queda inmóvil y silencioso por largo rato, con gran admiración

de sus oyentes. Durante este tiempo aparece en medio de sus Hermanos y canta lo que le habían encargado. Al cabo de una hora se endereza en el púlpito y continúa su sermón con elocuencia incomparable. ¿Qué otro fin se podía proponer el divino Redentor en este milagro de bilocación de su siervo, sino mostrar a la admiración de sus pueblos al que había constituido su embajador y dar mayor autoridad a sus palabras?

### **Profetiza el Santo a un notario que moriría mártir de Cristo**

Refiere Wadingo, en sus «Anales de los Frailes Menores» —documento apreciable, de gran valor histórico—, que hallándose Fray Antonio en Puy-en-Velay, tuvo revelación de que cierto notario de la ciudad llegaría a confesar valientemente la fe de Cristo, siendo por ello martirizado.

Era dicho señor de conducta reprobable y se comentaba con acritud su vida mundana, lo mismo que su patente orgullo, causa de muy violento carácter. Cuando, al cruzar las calles de la ciudad, le divisaba Fray Antonio, volvía hacia el notario su rostro y le hacía inclinación profunda. Éste se creyó burlado, y, un día en que el franciscano extremó su veneración doblando la rodilla al verle, montó aquél en cólera y le dijo:

—«¿A qué vienen tales ridiculeces? ¡Si no temiera a Dios, te atravesaría el pecho con mi espada!» —«Hermano mío —contestó Fray Antonio con serenidad y dulzura—, no me burlo; envidio tu felicidad. Lo que a mí me negó el Señor, a ti te lo concede. Él me ha revelado que tú tendrás la gracia del martirio. Cuando te llegue el momento, acuérdate de mí». Soltó el notario la carcajada, pareciéndole un dislate semejante vaticinio.

Los hechos acreditaron la verdad de la profecía. Transcurridos unos años, la gracia de Dios prendió en el corazón del notario, quien detestó arrepentido sus culpas y, en viaje de penitencia, se unió a los peregrinos que con el obispo de Puy, Esteban III, marcharon a visitar los Santos Lugares de Palestina. Ante aquellos monumentos imperecederos de la fe cristiana, se le enardeció el alma y se dio a la predicción de la verdad católica y de la falsedad de la religión mahometana. Fue preso, golpeado y condenado al suplicio; entonces, se acordó de la profecía que años antes le hiciera Fray Antonio, y así lo manifestó a los religiosos franciscanos, testigos de aquel martirio.

### **Agua que no moja**

Está predicando San Antonio en la Plaza de Arenas. De pronto, el cielo comienza a cubrirse; grandes nubarrones recorren el espacio en direcciones contrarias y cierran el horizonte.

Los relámpagos rasgan el espacio; estallan los truenos y se desata una furiosa tempestad. La multitud comienza a huir. Pero la voz del Santo se levanta imperiosa: «No temáis; ninguno de vosotros se mojará».

El pueblo obedece. Antonio continúa impávido su sermón. Y todos observan con estupor, que, mientras en el resto de la ciudad llueve a torrentes, en la Plaza de Arenas no cae una gota.

X

Más hechos prodigiosos



### **Un leproso queda completamente sano**

Dirigiéndose al Santuario de Padua un pobre leproso, se encontró en el camino con un impío soldado, que brutalmente le apostrofó, diciéndole: «¿Adónde vas, miserable? Que San Antonio me vuelva a mí leproso si es capaz de sanarte a ti». El leproso, aunque entristecido de oír palabras tales, no desistió de sus propósitos ni de su viaje. Postrado ante el sepulcro del Taumaturgo, pedía con fervor el remedio de su terrible enfermedad, cuando he aquí que se le aparece San Antonio y le dice: «Levántate, que ya estás curado; y vete ahora al soldado, que se ha burlado de mi poder y llévale tus tablillas, que ya está cubierto de lepra». Obedeció el ya curado peregrino, fue a buscar al culpable, que reconoció en su enfermedad un castigo de Dios, y, pidiendo perdón al Santo, éste le devolvió también la salud.

### **Un sacerdote es librado de una muerte segura**

Un sacerdote de Padua, muy devoto de San Antonio, tenía algunos enemigos que, para ma-

tarle, se habían escondido en un sitio por donde él debía pasar. Llegó allí un fraile, y se paró donde ellos estaban. Dijole uno de ellos, con aspereza, que se fuese de allí. «Vosotros, les respondió el fraile, sí que debéis iros calle adelante, que yo quiero estarme aquí». Viendo ellos que se estaba quieto, le preguntaron con palabras injuriosas quién era, y les respondió: «Soy el Santo de Padua y protejo al clérigo que vosotros queréis matar». Pasmados y temblando por la inesperada respuesta, se postraron a sus pies, y a este tiempo pasaba el sacerdote, cuando vio que se les arrodillaron sus enemigos, que le contaron el caso pidiéndole perdón y se reconciliaron con él. Los mismos publicaron el hecho por la ciudad, para mayor gloria del Santo.

### **Se le aparece San Antonio y le devuelve la salud**

Enfermó de gravedad doña Dulce, hija del rey Alfonso X de León y de doña Teresa su consorte, y, estando desahuciada de los médicos, acudió la madre al médico celestial, San Antonio, pidiéndole la salud de su hija. La enferma pudo conciliar el sueño, y se le apareció el Santo y le dijo: «—¿Me conoces?» «—No te conozco», respondió la enferma; pero entrando en deseos de conocer al que le hablaba, le preguntó quién era. Y le respondió diciendo: «—Yo soy San Antonio, que, obligado de los ruegos

de tu madre, vengo a ofrecerte lo que quieras escoger. Dime si quieres morir y pasar a la gloria, o si quieres vivir y consolar a tu madre, expuesta a los peligros del mundo». La enferma tuvo horror a la muerte y escogió con necia temeridad la vida. Le dio el Santo la bendición, y ella se asió del cordón para detenerlo y dio voces diciendo: «—*San Antonio, San Antonio, ya lo tengo asido del cordón*». La madre y demás circunstantes creyeron que deliraba, y, acercándose para sosegarla, les preguntó: «—*¿Dónde está San Antonio? Ahora mismo estaba conmigo. Ya estoy buena, busquen a mi Santo, que me ha dado la salud*». Por los efectos conocieron que no era ilusión lo que pasaba, porque cesaron los accidentes, y la que antes estaba enferma se levantó llena de vida, y pidió que le diesen alimento. La madre no cabía en sí de gozo y alegría, y todos dieron rendidas y afectuosas gracias a San Antonio, que los había librado de aquella tribulación.

### **Otro suceso admirable**

En Eboli (Nápoles) había un mercader que sólo atendía a los intereses de su codicia y entregaba grandes cantidades al dependiente, apuntándolas cuidadosamente, pero dejando de apuntar las que recibía del dependiente. Éste, como obraba de buena fe, no recelaba de su principal, y por esta razón no exigía recibo.

Murió el rico mercader, y los herederos, viendo en descubierto las cantidades entregadas, citaron a juicio al dependiente, para que satisficiera la deuda, que ascendía a una suma fabulosa. Embargáronle los bienes, y como no podía pagar ni justificar el empleo de aquellos capitales, fue puesto y retenido largo tiempo en la cárcel. El dependiente, viéndose en la prisión, acudió a San Antonio para que le protegiese, pero éste se hizo de rogar y dilató el favor, para que fuese más prodigioso el beneficio. Aparecióle una noche un religioso, le abrió la puerta, y le invitó a salir de la cárcel y tomar una barca que tenía allí dispuesta. Entró en ella con el religioso y desembarcaron junto al Vesubio. Como lo veía triste, le preguntó si tenía alguna pena, y el hombre le refirió su desdicha, y se quejaba de San Antonio en quien confiaba, porque no le atendía y estaba inexorable a sus ruegos. Le consoló y le animó a esperar en el Santo, y habiendo llegado a la falda del Vesubio durante esta conversación, encontraron un etíope, a quien dijo el religioso: «—Ve presto y haz que venga aquí Juan de Morone, mercader de Eboli, y tráeme recado para escribir». Era Juan de Morone el mercader que había puesto en tales apuros al dependiente que estaba presente. Al punto se abrió la tierra, entró el etíope y sacó a Morone del infierno. El pobre dependiente quedó asombrado, pero lo animó el religioso y le dijo: «—No temas, pues verás ahora cómo se porta San Antonio con sus devotos,

por más que tu flaqueza tenía desmerecidos sus favores». A Juan de Morone le dijo «—Infeliz, tu codicia te perdió, y has puesto en peligro de perderse a éste que fue tu fiel dependiente. Escribe en este papel cómo Juan Marone no debe nada a tu hacienda; pues ha satisfecho enteramente todas las partidas de dinero que le entregaste en mercancías que recibiste». Así lo hizo, y mercader y etíope, que era el demonio, quedaron sepultados en funestas sombras. El dependiente quedó atónito, y no sabía lo que le pasaba; porque su valedor había desaparecido también, y no veía más que el papel que le había dejado con la firma de su amo, y con ello quedaba satisfecho su deseo. Se presentó al tribunal con su recibo, y se lo reconocieron los jueces, decretando su libertad, y ordenando que se le restituyese lo que se le había cobrado. Preguntado cómo había hallado los recibos, no se atrevió a revelar el medio. Pero Dios no quiso que caso tan extraordinario quedase en olvido, y el hombre se vio luego acometido de una enfermedad extraña, que le duró hasta que se resolvió a manifestarlo. Llamó al Guardián del Convento de Eboli, que pertenecía a la provincia religiosa del Principado, y depuso con juramento toda la serie de este suceso tan admirable y pavoroso.

## **San Antonio conduce un navío hasta el deseado puerto**

Navegaba, en cierta ocasión, desde Calabria a Nápoles, un navío cargado de seda. Al pasar por Sicilia, se levantó una tempestad tan grande, que el barco iba a merced de las olas. Perdida toda esperanza, se daban todos por muertos, cuando, de improviso, dijo uno, confiando vivamente en San Antonio: «Tomad vos, ¡oh, Santo!, el cuidado del navío, que a vos lo confiamos todo». Los compañeros repitieron con él lo mismo y rezaron el *Responsorio*. Luego se dejó ver el Santo en la popa y, con semblante alegre, les dijo: «Dejad andar la nave por sí misma, que va bien», y desapareció. Cesó la tempestad, y, con viento favorable, arribó la nave al deseado puerto.

## **Otro arribo a feliz puerto merced a San Antonio**

Embarcáronse en diciembre de 1679 en Barcelona para Jerusalén cuatro Religiosos Franciscanos, dos castellanos y dos catalanes, y salieron con viento próspero; pero como no hay seguridad en el mar, los cogió un viento tan fuerte, que les fue preciso refugiarse en Cadaqués. Prosiguieron hacia Marsella el día 1.º de enero de 1680, y por la noche tropezaron con vientos tan encontrados, que en lo humano se creían sin remedio, y apelaron al patrocinio de

San Antonio. No podían gobernar la nave, y el timonero quedó sepultado en las aguas. Redoblaron los ruegos, y San Antonio acudió al barco y se les apareció en popa cercado de grandes resplandores. Lo vieron el Capitán, los religiosos y el niño Nicolás, y al momento exclamaron: «¡San Antonio, San Antonio!» Salió toda la gente, pero el Santo había desaparecido, y, arrodillados, entonaron el *Te Deum* con gran alegría de todos. La tormenta continuaba con más peligro, y encalló el barco en un banco; pero los religiosos, confiados en la protección del Santo, animaban a los viajeros, y al punto vieron cómo un golpe de mar arrancaba el barco sin daño alguno; llegaron a vista de Túnez, entregados a merced de los vientos, aunque siempre con grandes esperanzas de que quien los había librado de los demás peligros, los llevaría a puerto seguro. El día 5, después de muchos trabajos, llegaron a Cagliari, capital de Cerdeña, y, saltando a tierra, dieron gracias a Dios y a su Santísima Madre y también a San Antonio, cuya protección reconocieron.

### **Queda repentinamente sano de sus achaques**

En el convento de Jesús, fuera de la ciudad de Cervera, sanó a un religioso que se hallaba impedido de los pies. Había obtenido licencia para ir a visitar los Santos Lugares de Jerusalén el Padre Fray José Damasco, y fue hecho

cautivo en Trípoli. A causa de los malos tratamientos, quedó impedido de los pies, y después de varios accidentes fue rescatado. Llegó a Madrid, y puesto en cura, el arte no pudo hacer nada, y se dio por vencido. En julio de 1673 fue conducido a Cervera, y apenas se podía mover, haciendo uso de las muletas. Como pudo, bajó a la iglesia, y, orando delante de la imagen de San Antonio, a quien pedía su alivio, se quedó dormido, y en este estado oyó una voz que le decía: *Levántate*. Despertó y no se movió, creyendo que era una ilusión. Luego, oyó una voz más fuerte que le decía: *Levántate y da gracias a Dios*. Abrió los ojos, levantóse y se halló repentinamente sano, como si nunca hubiese padecido achaque alguno. Corrió lleno de alegría a referir el suceso al guardián, y le contó lo sucedido. Alegres y gozosos todos los religiosos admiraron el prodigio, y en acción de gracias cantaron un solemne *Te Deum*. De todas las circunstancias del caso se tomó información por la Curia eclesiástica de Solsona, donde se halla registrado.

### **Una niña consigue que su padre se confiese**

El pecado mortal hace perder la gracia. Una niña devotísima de San Antonio que sabía esto muy bien, afligíase sobremanera porque su padre no cumplía con el precepto de la confesión. «Papá, le decía, acariciándolo con mimos, ¿por

qué no me da el gusto de venir conmigo a la iglesia y confesarse? ¿No ve que se está terminando el tiempo pascual?» — «Déjame, niña, déjame, pues no tengo tiempo.» La niña insistía, pero viendo que no aprovechaban sus esfuerzos, se fue a San Antonio y con fe le dijo: «Santo mío, yo quiero que mi padre se confiese; él no vive la vida de la gracia y, si muere, se condenará».

A este fin comenzó una Novena a San Antonio y le hizo varias ofertas. Su padre, entretanto, continuaba sordo a los ruegos de su hija. Mas un día se le ocurrió a la niña colocar debajo de la almohada de la cama en que dormía su padre, una estampita de San Antonio, esperando que el Santo haría el milagro. Cierta día el padre se levantó temprano y las otras hijas, al ver que se iba con un devocionario y el rosario en las manos, dijeron: «¿A dónde va papá?» — ¿A dónde ha de ir, dijo la niña, sino a donde le lleva San Antonio? Va a confesarse». En efecto, San Antonio convirtió a Dios el corazón de aquel padre, que recuperó la gracia y vivió como buen cristiano.

## La canción de los pajaritos

*Ponemos a continuación esta leyenda de la infancia de San Antonio. Está muy extendida por España y servirá de solaz a los devotos del Santo.*

Padre mío San Antonio,  
suplicad al Dios inmenso  
que, con su gracia divina,  
alumbre mi entendimiento.

Para que mi lengua  
refiera el milagro  
que en el huerto obrasteis  
de edad de ocho años.

Desde niño fue criado  
con mucho temor de Dios,  
de sus padres estimado  
y del mundo admiración.

Fue caritativo  
y perseguidor  
de todo enemigo  
con mucho rigor.

Su padre era un caballero  
cristiano, honrado y prudente,  
que mantenía su casa  
con el sudor de su frente.

Y tenía un huerto  
donde recogía  
cosechas y frutos  
que el tiempo traía.

Por la mañana, un domingo,  
como siempre acostumbraba,  
se marchó su padre a misa,  
cosa que nunca olvidaba.

Y le dijo: «Antonio,  
ven acá, hijo amado,  
escucha, que tengo  
que darte un recado.

Mientras yo estoy en misa  
gran cuidado has de tener;

mira que los pajaritos  
todo lo echan a perder.

Entran en el huerto,  
pican el sembrado,  
por eso te advierto  
que tengas cuidado».

Cuando se ausentó su padre  
y a la iglesia se marchó,  
Antonio quedó cuidando  
y a los pájaros llamó:

«Venid, pajaritos,  
dejad el sembrado,  
que mi padre ha dicho  
que tenga cuidado.

Para que mejor yo pueda  
cumplir con mi obligación,  
voy a encerraros a todos  
dentro de esta habitación».

Y a los pajaritos  
entrar los mandaba,  
y ellos, muy humildes,  
en el cuarto entraban.

Por aquellas cercanías  
ningún pájaro quedó,  
porque todos acudieron  
cuando Antonio los llamó.

Lleno de alegría  
San Antonio estaba,  
y los pajaritos  
alegres cantaban.

Cuando se acercó su padre,  
luego los mandó callar;  
llegó su padre a la puerta  
y comenzó a preguntar:

«Ven acá, Antoñito,  
dime, hijito amado,  
de los pajaritos  
¿qué tal has cuidado?»

El niño le contestó:  
«Padre, no tenga cuidado,  
que, para que no hagan mal,  
todos los tengo encerrados».

El padre que vio  
milagro tan grande,

al señor Obispo  
trató de avisarle.

Acudió el señor Obispo  
con gran acompañamiento,  
quedando todos confusos  
al ver tan grande portento.

Abrieron ventanas,  
puertas a la par,  
por ver si las aves  
se quieren marchar.

Antonio les dijo entonces:  
«Señores, nadie se agravie,  
los pájaros no se marchan  
hasta que yo no lo mande».

Se puso en la puerta  
y les dijo así:  
«Ea, pajaritos,  
ya podéis salir.

Salgan cigüeñas, con orden,  
águilas, grullas y garzas,  
abutardas, gavilanes,  
lechuzas, mochuelos, grajas.

Salgan las urracas,  
tórtolas, perdices,  
palomas, gorriones  
y las codornices.

Salga el cuco y el milano,  
zorzal, patos y andarríos,  
canarios y ruiseñores,  
tordos, jilgueros y mirlos.

Salgan verderones,  
y las cardelinas,  
también cogujadas  
y las golondrinas».

Al instante que salieron  
todas juntitas se ponen,  
escuchando a San Antonio  
para ver lo que dispone.

Antonio les dice:  
«No entréis en sembrados,  
marchad por los montes,  
por riscos y prados».

Al tiempo de alzar el vuelo  
cantan con dulce alegría,

despidiéndose de Antonio  
y su ilustre compañía.

El señor Obispo  
al ver tal milagro,  
por diversas partes  
mandó publicarlo.

Árbol de grandiosidades,  
fuente de la caridad,  
depósito de bondades,  
padre de inmensa piedad.

Antonio divino,  
por tu intercesión,  
todos merezcamos  
la eterna mansión.

# ÍNDICE

Pág.

---

Vida de San Antonio de Padua ... .. 3

## **Capítulo I. San Antonio Abogado de las cosas perdidas.**

San Antonio recupera el libro de los Salmos ... 11

San Antonio halla la fe y la paz a los consortes 12

Una devota de San Antonio encuentra el billete del tren ... .. 13

Un cuadro que se da la vuelta él solo ... .. 16

San Antonio devuelve una bicicleta ... .. 19

Tijeras recuperadas ... .. 21

Un ladrón que canta ... .. 22

¡Con San Antonio no se juega! ... .. 24

Objeto encontrado y vuelto a perder ... .. 25

¿Policía San Antonio? ... .. 26

Gracias a San Antonio vuelve el esposo a buen camino ... .. 28

Sin velas y sin remos vuelve una barca al puerto por intercesión de San Antonio ... .. 33

San Antonio maletero ... .. 35

## **Capítulo II. San Antonio vela por la infancia y juventud.**

Con la salud a los niños, devuelve la alegría a los padres ... .. 39

San Antonio confirma a un novicio en su vocación ... ..	42
San Antonio devuelve un pie cortado ... ..	42
Una joven a pesar de la lluvia no se moja ... ..	43
San Antonio restituye a un joven los ojos y la lengua ... ..	44
Un joven se ve libre de la horca por invocar a San Antonio ... ..	45
Un niño cae a un pozo y se salva por intercesión de San Antonio ... ..	48

### **Capítulo III. San Antonio defiende a los soldados.**

San Antonio y no el Rey de España conquistó Orán ... ..	53
San Antonio en Africa ... ..	55
San Antonio entre los Yankis ... ..	56
San Antonio y los prisioneros de guerra ... ..	56
¡Un paso al frente! ... ..	57

### **Capítulo IV. San Antonio protector de los hogares cristianos.**

Feliz alumbramiento ... ..	63
Una joven se casa por intercesión de san Antonio ... ..	64
Otro casamiento por mediación de San Antonio ... ..	66
San Francisco y San Antonio libran a una devota suya del suicidio ... ..	67
Recobra la salud ante el sepulcro del Santo ... ..	69
Tragedia de una casa flotante ... ..	70
San Antonio y el masón ... ..	73

## **Capítulo V. Las flores y San Antonio.**

Los lirios de San Antonio ... ..	77
El milagro de la azucena de San Antonio ... ..	80
Flores que reverdecen ... ..	81

## **Capítulo VI. San Antonio en El Tiemblo (Avila).**

El milagro del molino ... ..	87
El arriero del mulo cojo ... ..	89
La tormenta temerosa ... ..	90
El niño que cayó del tejado ... ..	90
El tullido de San Martín y el toro escapado ...	91
La siembra quemada en San Martín ... ..	92

## **Capítulo VII. San Antonio vencedor del maligno espíritu.**

San Antonio ahuyenta al diablo con la señal de la cruz ... ..	97
Descubre San Antonio una patraña diabólica ...	97
Otros dos casos que demuestran el poder de San Antonio sobre Satanás ... ..	98
El bastón de San Antonio ... ..	99

## **Capítulo VIII. San Antonio y los herejes.**

La mula se arrodilla ante la Sagrada Hostia que San Antonio sostiene en sus manos ... ..	105
San Antonio predica a los peces ... ..	106
Un burlador burlado ... ..	107
Más herejes que salen confundidos ... ..	108

## Capítulo IX. Otros milagros que hizo el Santo durante su vida.

San Antonio defensor de su padre ... ..	111
La mentira del carretero ... ..	112
Anuncia el Santo dónde se encontraba el corazón de un usurero ... ..	113
Milagro de bilocación ... ..	114
Profetiza el Santo a un notario que moriría mártir de Cristo ... ..	115
Agua que no moja ... ..	116

## Capítulo X. Más hechos prodigiosos.

Un leproso queda completamente sano ... ..	121
Un sacerdote es librado de una muerte segura ...	121
Se le aparece San Antonio y le devuelve la salud ... ..	122
Otro suceso admirable ... ..	123
San Antonio conduce un navío hasta el deseado puerto ... ..	125
puerto ... ..	126
Queda repentinamente curado de sus achaques	127
Una niña consigue que su padre se confiese ...	128
La canción de los pajaritos ... ..	131
Índice ... ..	139